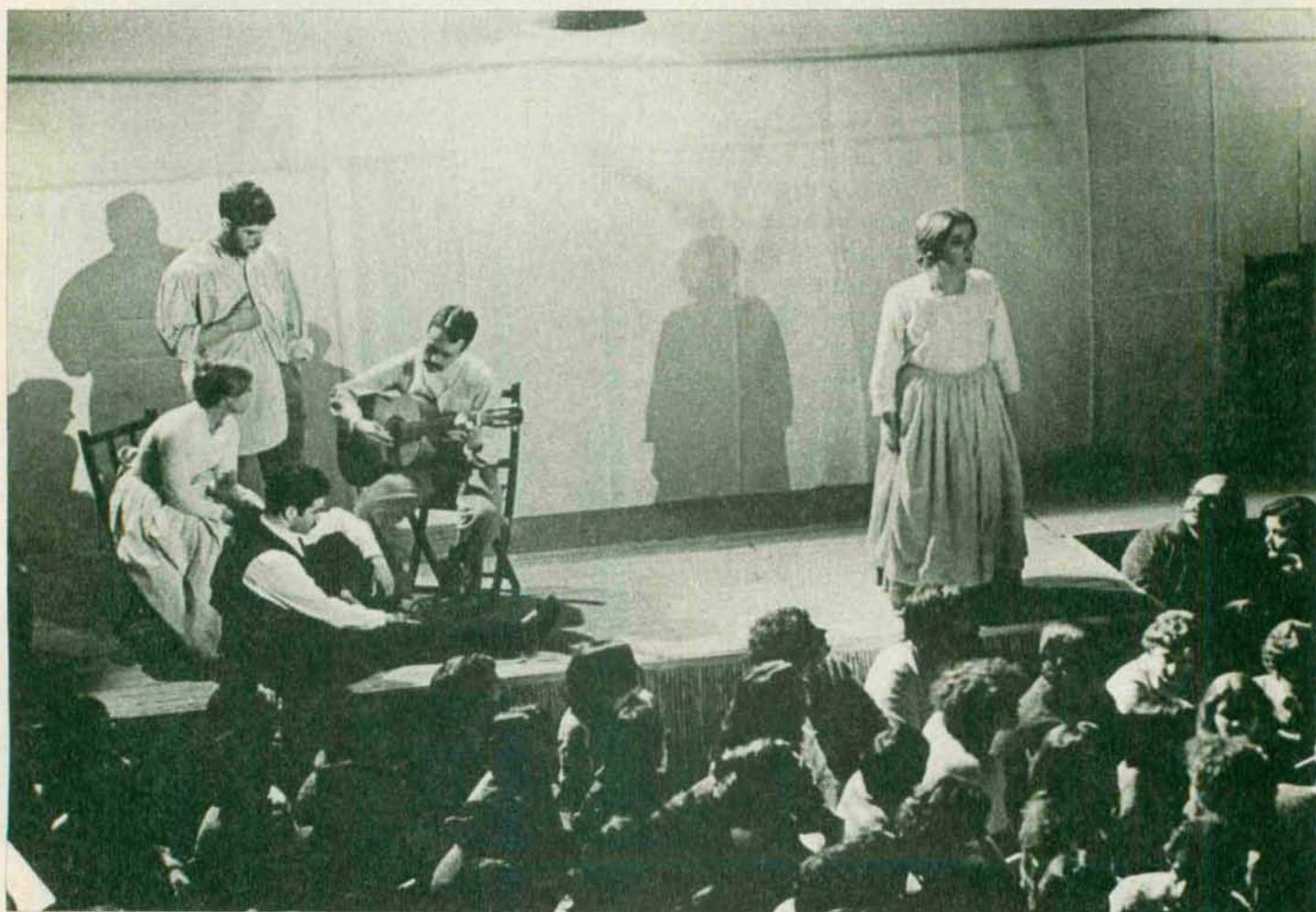


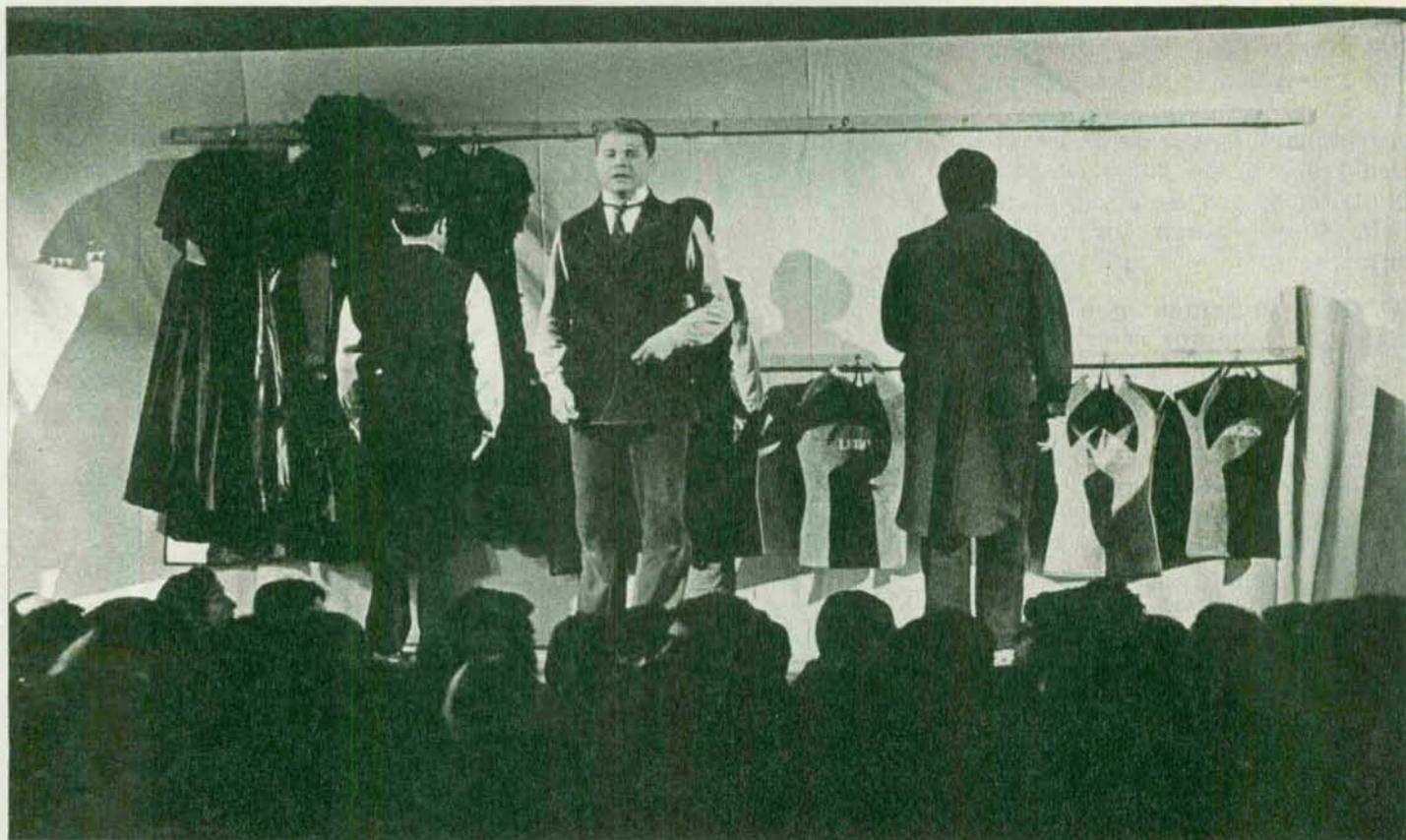
“LA SEMANA TRAGICA”

CREACION COLECTIVA DEL GRUP DE
L'ESCOLA DE TEATRE DE L'ORFEO
DE SANTS

Texto escrito por Lluís Pasqual. Asesor histórico: Guillem-Jordi Graells. Participaron en la creación del espectáculo los actores: Fuensanta Alonso, Albert Argimon, Eulàlia Borbón, Josep Casalí, Anna Rosa Cisquella, Alcía Conesa, Núria Fàbregas, Jordi Jané, Antoni Langa, Joaquim Lecina, Montserrat Llucià, Marta Mas, Manuel Monroy, Agata Moragas, Victòria Morell, Paco Rodríguez y Marià Vendrell. La música fue de Josep M. Arrizabalaga. El espacio escénico y los figurines, de Fabià Puigserver. Lluís Pasqual dirigió el montaje, estrenado en la Aliança del Poble Nou el 10 de enero de 1975.



COMIENZA LA NARRACION: «ESTA FUE LA HISTORIA...». AL LADO DE LA MUJER QUE LO DICE UN GRUPO SE DISPONE A ESCUCHAR LA CANCION SOBRE EL POEMA DE MARAGALL «CANT DEL RETORN».



EL DISCURSO DE MAURA: «EL SOLDADO ESPAÑOL JAMAS RETROCEDE». SOBRE EL VESTUARIO-BASE DE OBRERO, EL ACTOR SE HA COLOCADO UNA CORAZA QUE LE CUBRE EL TRONCO Y LE PERMITE CONVERTIRSE EN MAURA.

LA creación colectiva de un espectáculo sobre los hechos de julio de 1909, conocidos por el nombre de Semana Trágica, partió de una propuesta de Lluís Pasqual y Fabià Puigserver. La génesis del montaje pasó por diversas etapas. Una primera de información histórica de los hechos, a cargo de Guillem-Jordi Graells. Posteriormente, se elaboró un guión de los momentos culminantes de los hechos que se creía indispensable explicar a fin de conseguir una narración simple, coherente y comprometida de aquel movimiento popular que no cuajó en revolución por falta de dirección y por no estar aún maduras las circunstancias. A partir de este guión, se inició el trabajo con los actores, a base de improvisaciones dirigidas, que eran anotadas y grabadas. Los actores improvisaban escenas de calle, de barricada, reuniones, mítines, a partir de la información suministrada y según las exigencias narrativas propuestas. La óptica desde la cual se narraban los hechos había sido decidida desde el primer momento: íbamos a contar los hechos desde la visión de la gente que había estado luchando en las calles aquellos días de julio.

Una vez el material procedente de las *improvisaciones* consiguió una cierta entidad, se procedió a la fijación del texto defi-

nitivo, completándolo con artículos, discursos, bandos y demás elementos documentales reproducidos fielmente. Con ello se consiguió —o al menos esta fue nuestra pretensión— suministrar una información y unas ideas sobre la Semana Trágica, de modo muy sencillo, contando con el hecho de que debíamos suponer en la mayoría de los futuros espectadores un desconocimiento casi absoluto de los hechos de referencia.

La materialización del montaje, planificado paralelamente a la elaboración del texto, se adaptó al espacio escénico ideado por Fabià Puigserver: una tarima envolvente que dejaba a los espectadores en el centro de la acción. El vestuario-base de los actores, reproduciendo el de las clases populares de aquel momento, podía convertirse, gracias a la solución de unas máscaras que cubrían el tronco del actor, en el vestuario de los personajes "históricos", de Maura a Lerroix, de Ferrer i Guardia al General Manescau.

La respuesta del público, masiva y entusiasta, nos permite aventurar la afirmación de que este tipo de espectáculos, no tan sólo es factible y viable, sino también esencial para la recuperación de un pasado histórico válido y ejemplar.

EL espectáculo se inicia con una secuencia de fragmentos de toda la obra, a partir de la cual comienza la narración. Después de una exposición inicial, un actor canta el Cant del retorn de Joan Maragall. Viene luego un primer mitin:

MUJER.—Teníamos que hacer algo. No podíamos resistir más. "Ellos" ya se lo temían, y las calles tenían un palmo de arena. Se habían pasado todo el domingo esparciéndola para que los caballos no resbalaran al perseguirnos. El lunes veintiséis, muchos de nosotros nos habíamos esparcido por Barcelona. Las consignas de huelga habían sido dadas: teníamos que conseguir que nadie fuera a trabajar.

MERCÈ MONJE.—¡Eh! ¡Escuchad! ¡Esperad, esperad un momento! No temáis, no llegaréis tarde a trabajar. No llegaréis tarde, porque hoy no tenéis que ir. Hoy no debe trabajar nadie. Esta tarde embarcan de nuevo más gente hacia Africa, y saldrán si nosotros no lo impedimos. Primero fueron las levas de servicio. Ahora ya llaman a los reservistas. Barcelona parece un cementerio. ¡Descendamos al muelle y plantémosles cara! ¡Pero todos!, ¿me oís? ¡Hoy no debe trabajar nadie! ¡Que vayan "ellos" a la guerra! ¿No habéis leído la proclama de "El Poble Català"? ¡Debíamos haberlo hecho antes! ¡Se los llevan a todos!

Después de este mitin se desarrolla una escena familiar.

MUJER.—¡María! ¡María! ¿Ya lo sabes? ¡Mi marido no tiene que ir! ¡No! Han llamado hasta la leva del noventa y tres y él es del noventa y dos. Me lo ha dicho Antonia, que tiene el hijo allí. ¿Lo ves? ¡No tendrá que ir! Ya sé que más tarde pueden llamarle. Pero dicen que este es el último embarque y que ya no reclamarán más tropas, y de momento... ¡Estoy tan contenta! ¡Tengo tantas ganas de que llegue! Ayer estaba muy nervioso... tenía miedo. Mira, ya le oigo llegar.



HOMBRE.—Hola.

MUJER.—Ya lo sabes, ¿no?

HOMBRE.—¡Cómo no voy a saberlo!

MUJER.—¡Estoy tan contenta! Estaba segura que no podía ser. ¡Ya me imaginaba que tú no tendrías que ir!

HOMBRE.—¿Qué dices? ¡Claro que tengo que irme! ¡Y pasado mañana mismo!

MUJER.—¡No puede ser! ¡Si me lo han explicado muy claro! Han llamado hasta la leva del noventa y tres y tú eres...

HOMBRE.—Han llamado hasta

la del noventa. Hay bandos por todas las paredes. Me han cogido a mí y al vecino de abajo. Y tu primo también va.

MUJER.—Pero..., ¡no puede ser! ¡Debes estar equivocado! ¡Si a mí me lo han dicho!

HOMBRE.—¡Ve a leerlo a la esquina y convéncete!

MUJER.—Pero..., ¿a quién más llamarán? ¡Pronto no quedará un solo hombre joven! Pero..., ¿por qué?, ¿por qué?

Después de una escena similar, Maura pronuncia este discurso:

MAURA.—El soldado español

MERCE MONJE HABLA
EN EL PRIMER MITIN:
«HOY NO DEBE IR NADIE A TRABAJAR».
LA GENTE COMENTA
ESTA INVITACION A LA HUELGA.



jamás retrocede. El honor de la nación no consiente desistir. No de cumplir en Marruecos los tratados, que de esto no se habla. Desistir del camino emprendido, de la marcha trazada, de la situación establecida. Nosotros no variaremos la naturaleza, que manda que miremos la parte septentrional del continente africano como una condición inexcusable de nuestra independencia y de nuestra integridad nacional. Desde el Muluya hasta más allá de Tánger, jamás consentirá España que una nación que no sea Marruecos ponga el pie, cueste lo que cueste. Y esa no es una cuestión de expansión, ni una cuestión de desenvolvimien-

to social y económico. Esto es derecho a la vida, derecho a la integridad de su autonomía soberana que tiene la nación española, que han reconocido todas las demás naciones, y que tiene hoy base jurídica perfectamente sólida, aceptada y reconocida, cumplida y respetada por todo el mundo.

La acción se desplaza a la Redacción del diario republicano nacionalista "El Poble Català", donde tres de sus responsables discuten la oportunidad de añadirse a la campaña en favor de la huelga.

ROVIRA I VIRGILI.—Ya lo han

visto ustedes mismos: Maura no dará marcha atrás.

CLAUDI AMETLLA.—Pero, Rovira, si somos nosotros quienes convocamos la huelga, la Lliga se nos echará encima. Me parece más importante mantener los vínculos con ellos. Cada día se agravan más nuestras diferencias.

POUS I PAGES.—Precisamente, ahora es el momento de atraernos los trabajadores que alzó contra nosotros la Solidaridad Obrera.

ROVIRA.—Ametlla, recuerde que nos unimos, después del asalto y quema del "Cu-cut!", por unas razones de catalanidad. Recuerde nuestro nombre de Solidaritat Catalana.

POUS I PAGES.—Relea, si quiere, el telegrama de Maura, la respuesta que nuestros delegados le exigieron. Habla de "turbulencias y agresión lamentables" y califica de "inadmisibles" las críticas que hemos hecho al sistema de reclutamiento.

AMETLLA.—El próximo martes discutiremos esta respuesta en casa del diputado Vallès i Ribot. Vallès sostiene que debemos ir todos. Ha convocado incluso a los diputados radicales.

ROVIRA.—Y hasta el martes, ¿qué haremos? Una cosa es la actitud política de los diputados y otra la acción. El martes próximo nos habremos decidido o nos habremos embrollado, pero la oportunidad de realizar una acción callejera estará perdida. Y ahora es la única que tenemos, a riesgo de decepcionar a nuestros obreros. El editorial convocando a la huelga debe salir mañana mismo.

Después de leer dicho editorial y de exponer el panorama político del momento, aparece Alejandro

Lerroux, que, a pesar de estar ausente de Barcelona en aquellos momentos, era el responsable de la creación de un determinado clima entre los obreros catalanes. Pronuncia este discurso, sacado de un artículo de 1905: El alma en los labios.

LERROUX.—Hace menos de seis años imperaba en Barcelona el catalanismo político, hijo degenerado de un contubernio monstruoso entre una inspiración literaturesca romántica y un estado social subido al período agudo, con motivo de la catástrofe nacional. Los castellanos, que forman la tercera parte de esta población, no se atrevían a hablar fuerte en las Ramblas, porque la bestia separatista se mofaba cínicamente de su idioma. Algún oficial del ejército fue corrido y apaleado en plena vía

pública. Y yo digo que si hubiese sido militar, hubiera ido a quemar "La Veu", el "Cu-cut!", la Lliga y el palacio del obispo, por lo menos. Que me alegro mucho de lo sucedido... Que antes de pactar con esta chusma, envilecida por el amor al ochavo, que es quintaesencia de su regionalismo separatista, estoy dispuesto a rebelarme contra todo el mundo, acompañado o solo. Acompañado, si el pueblo me ayuda, o solo, en mi casa, asomándome al balcón para escupir en la cabeza de tanto imbécil, de tanto farsante y de tanto cobarde.

HOMBRE.—Pero teníamos que contar con los radicales. Sólo así el resultado podía ser seguro. La fuerza del Partido Radical provenía de la gran cantidad de obreros que se habían dejado

seducir por este estallido verbal. Estos obreros también se lanzaron a la calle el lunes por la mañana.

Terminada esta explicación, otra mujer se lanza a hacer un mitin.

TRINITAT TORRE.—¡Cerdos! ¡Son unos cerdos! Ahora mismo la han detenido. Estaba pasando las consignas de huelga a otras mujeres aquí mismo y la han detenido de cualquier modo. La tienen en la Comisaría de la calle Nueva de las Ramblas. ¡Basta ya! ¡A desmontarles el tinglado! ¡No tienen bastante con llevarse a los hombres; han de encerrar también a las mujeres para que nadie proteste! ¡Vayamos todos y saquemos a los detenidos! Y luego, ¡hacia el muelle!

Después de una escena en que se satirizan las iniciativas "caritati-



LERROUX, EN PLENO DESENFRENO RETORICO: «... SI HUBIESE SIDO MILITAR, HUBIERA IDO A QUEMAR "LA VEU", EL "CU-CUT!", LA LLIGA Y EL PALACIO DEL OBISPO, POR LO MENOS».

vas" de algunas damas de la buena sociedad barcelonesa, y de un nuevo mitin convocando a la huelga, se pasa a la reunión del Comité de Huelga en que se decide solicitar el apoyo a los radicales.

HOMBRE.—A pesar de las medidas tomadas por el gobernador Ossorio contra la Solidaridad Obrera, se consiguió formar el Comité encargado de la organización de la huelga. Fabra i Ribas como representante de los socialistas, Villalobos Moreno por los sindicalistas y Rodríguez Romero por los anarquistas.

R. ROMERO.—Debemos avisar a todas las Redacciones de los diarios que han participado en la campaña contra la guerra. De ellos dependerá que la gente siga las propuestas de nuestros delegados.

V. MORENO.—Son los representantes los que han de convencer a la gente. Los de Barcelona y los de fuera. Los diarios, si acaso, pueden ayudar. Pero debemos ser nosotros quienes les convenzamos para la huelga, que no costará demasiado. Todo el mundo está dispuesto. Y debemos aprovechar el apoyo de todos los partidos.

R. ROMERO.—Con los militantes de partidos sí, pero debemos evitar contactos con nombres que suenen demasiado.

FABRA I RIBAS.—No creo que nos sean necesarios los nombres conocidos. Todo el mundo se ha enterado del desastre de anteayer. Cómo fue cortada la línea de aprovisionamiento y cuántos hombres murieron del batallón de la primera brigada de Madrid.

R. ROMERO.—Pero lo que más indigna a Barcelona es la situación de sus hombres en Marruecos. Las mujeres gritan por las calles que envían a sus esposos, mareados aún, directamente del barco al campo de batalla. Sólo esto ya será suficiente para conseguir nuestra propuesta.

V. MORENO.—Es cierto. Pero no podemos olvidar que existe un



LOS TRES MIEMBROS DEL COMITE, EN SU PRIMERA REUNION CON EL LUGARTENIENTE DE LERROUX, EMILIANO IGLESIAS. LA FOTO PERMITE IMAGINAR LA DISPOSICION DEL ESPACIO ESCENICO, ENVOLVIENDO AL ESPECTADOR.

hombre clave, porque es el jefe de un partido clave. Lerroux está en América. Hemos de contar con el apoyo de su lugarteniente, Emiliano Iglesias. Y hemos de contar con él, porque el éxito o el fracaso de la huelga dependerá de la postura que adopten los radicales. Son gente de calle.

FABRA I RIBAS.—¡Embaucados por cuatro palabras de un canalla! No tiene ninguna visión política. Ni tan sólo...

V. MORENO.—Embaucados, sí,

pero son muchos. Y los necesitamos para la huelga.

R. ROMERO.—Y si ésta se convirtiera en algo más...

V. MORENO.—También les necesitaríamos. A las mujeres radicales también se les llevan los hombres a Marruecos. Hemos de contar con Iglesias. No puede fallarnos.

Los tres se desplazan hasta encontrar a Emiliano Iglesias.

FABRA I RIBAS.—Le puedo ase-

gurar que la huelga será pacífica, una acción de brazos caídos. Bélgica, Italia, Francia mismo nos pueden servir de ejemplo. Las huelgas generales convocadas en estos países, según las resoluciones de la Segunda Internacional...

E. IGLESIAS.—No me sirven para nada sus conocimientos sobre el Congreso de Praga, Fabra. La situación obrera no es la misma en todas partes. Y ustedes han venido a verme porque yo dispongo de una gran parte de los obreros que pueden salir a la calle.

V. MORENO.—Con su asentimiento, explícito o no, la convocatoria es más general. Intentamos coordinar una huelga general pacífica...

E. IGLESIAS.—¡Ustedes no han visto a mis obreros en la calle! La situación en Barcelona es muy tensa y ustedes lo saben. El gobernador se opondrá con todas sus fuerzas. Los enfrentamientos entre Policía y obreros son absolutamente inevitables. Unos u otros dispararán y empezarán las luchas por las calles.

R. ROMERO.—Esto no sucederá si las consignas adquieren un valor, una fuerza, por estar avaladas por un partido con base y prestigio amplios. Todo el mundo seguirá la convocatoria al pie de la letra y conseguiremos el movimiento pacífico que queremos.

E. IGLESIAS.—Una huelga general pacífica..., ¿contra qué? Contra una guerra que afecta a toda España, ¿una huelga sólo en Barcelona? No servirá para nada. Quedaremos aislados... y además se infiltrarán los odiosos elementos separatistas.

FABRA I RIBAS.—A pesar de su actitud hostil hacia los catalanistas, no puede ignorar el papel que han desempeñado los nacionalistas de izquierda en la creación del ambiente actual. Y, además, no quedaremos aislados. Yo puedo responder de los socialistas. Por lo menos los de Madrid, Bilbao y Zaragoza se añadirán

inmediatamente a nuestras propuestas.

E. IGLESIAS.—¡Los socialistas no sois nadie! Sea como sea, tienen razón en lo que han dicho antes. La huelga ha de ser general, y general debe ser la convocatoria. Los radicales, como partido político, no podemos asumir la responsabilidad ni la convocatoria de la huelga. Esto es la función de una organización obrera. Yo no puedo oponerme a que los obreros radicales se adhieran a la huelga, pero no la puedo convocar. Ustedes mismos me lo han demostrado.

Sigue un cuarto mitin, y una nueva reunión del Comité con Iglesias, cuyo único resultado es conseguir que éste publique la convocatoria de huelga en las páginas de "El Progreso". Después, un hombre anuncia:

HOMBRE.—Las consignas se esparcieron, el entusiasmo se contagió. A medianoche, mientras la Policía vigilaba el local de la Solidaridad Obrera, los del Comité se reunieron con doscientos cincuenta obreros en un lugar secreto. Después de tres horas de discusión, finalmente se votó la huelga general. El gobernador Ossorio tuvo noticia inmediata de la decisión. Un confidente, Enric Ferrer, jefe del Sindicato de carreteros, lo comunicó a Salagaray, inspector de Policía. Pero ya no podía detenerse el movimiento; el lunes por la mañana, los delegados se esparcían llamando a la huelga.

Se repiten simultáneamente los cuatro mítines, mientras el resto de los actores los comentan. En el punto máximo de exaltación, una mujer proclama:

MUJER.—¡Barceloneses! ¡Levantad las calles! ¡Llenad la ciudad de barricadas! ¡No les dejéis pasar!

Todos se lanzan a la construcción de las barricadas. Una vez estas hechas, son interrumpidos por el bando del capitán general Luis de Santiago Manescau proclamando el estado de guerra. Desde las mismas barricadas, los actores parodian las discusiones

que, durante la mañana del lunes, sostuvieron el gobernador Ossorio y el ministro de la Gobernación, La Cierva.

OSSORIO.—Le aseguro a usted, señor La Cierva, que en Barcelona la situación se reduce a unos ligeros alborotos callejeros que reprimiremos inmediatamente.

LA CIERVA.—De eso se trata, señor Ossorio, pero me temo, por mis noticias, que en Barcelona hay algo más que alborotos callejeros.

OSSORIO.—¡Diga, diga, Madrid!

LA CIERVA.—Ya le he recomendado repetidas veces durante la mañana que debería usted utilizar la fuerza pública. Si no es suficiente con los guardias de Seguridad o con la Policía, debe usted utilizar el Ejército. Y me consta que el general Luis de Santiago tiene una opinión muy distinta sobre lo que está ocurriendo en Barcelona. Debe usted consultar convenientemente con él.

OSSORIO (a L. de Santiago).—Mi general, yo no estoy dispuesto a utilizar al Ejército. (A La Cierva.) Se lo repito, señor La Cierva, Barcelona, sus calles y su población, dependen de mí. Por lo tanto, del poder civil. No quiero que el Ejército intervenga para nada en mis asuntos. Tengo fuerzas suficientes para controlar la ciudad yo solo.

LA CIERVA.—Cuando menos se lo espere se encontrará Barcelona aislada. No puede usted esperar a que llegue ese momento. El capitán general puede solucionar muchos problemas que usted solo no podría resolver.

OSSORIO.—Yo le repito de nuevo que no necesito para nada al Ejército. Barcelona está tranquila. Quizá en los principios de una huelga de brazos caídos, una huelga pacífica. Pero está tranquila.

LA CIERVA.—¡Diga, diga, Barcelona! ¡Dígame, Ossorio! Las noticias que me llegan son alarmantes. Tendré que interpretar por mi cuenta esa información que usted no quiere darme.

A continuación, La Cierva pronuncia un discurso calificando de separatista al movimiento huelguístico de Barcelona. Luego prosigue su discusión con el gobernador.

LA CIERVA.—Señor Ossorio, en ausencia del señor Maura, y como ministro de la Gobernación, le conmino a usted a que, de acuerdo con el capitán general, utilice el Ejército para reprimir los disturbios en Barcelona.

OSSORIO.—Le comunico, señor ministro, que como gobernador civil no puedo tolerar la intromisión del Ejército en mis funciones. Por lo tanto, le presento mi dimisión.

LA CIERVA.—Pero, Ossorio, usted no puede abandonar Barcelona en estos momentos.

OSSORIO.—Entrego mi mando al capitán general don Luis de Santiago Manescau.

Después del articulado del bando declarando el estado de guerra, una mujer cuenta la manifestación en las Ramblas:

MUJER.—El estado de guerra fue peor por todo lo que vendría luego. Pero, de momento, no nos importó. Las barricadas aumentaban. El martes, Barcelona estaba llena de ellas. Miles de adoquines levantados con nuestras manos. Todos estábamos allí: Nosotras, niños, viejos, los hombres que quedaban. Todos gritábamos y nos íbamos dando ánimos. Cada vez eran más altas. Bajábamos de nuestras casas las camas de hierro, las rejas, todo lo que teníamos que pudiera soportar. Sólo en Gràcia

había más de un centenar, y el martes por la tarde no podían pasar por ninguna parte. Ya las habíamos empezado el lunes, pero después de la carga, la gente se puso furiosa.

“Había pocos hombres, casi todos éramos mujeres y niños. Íbamos hacia Colón y bajábamos las Ramblas. Las mujeres nos habíamos puesto al frente. Íbamos todas con un gran lazo blanco, cogidas de los brazos y con nuestros hijos de las manos. Las primeras llevaban pancartas y todos gritábamos contra la guerra. Con los niños al frente, los soldados no se atreverían a disparar. ¡Algo teníamos que hacer! Queríamos llegar a Capitanía, frente al muelle, pero teníamos miedo de los soldados. Podían llegar en cualquier momento. ¿Y si venían? Ya está-

SE HA INICIADO YA LA CONSTRUCCION DE BARRICADAS. DESDE ELLAS, SUS OCUPANTES PARODIAN LAS DISCUSIONES TELEFONICAS ENTRE EL MINISTRO LA CIERVA Y EL GOBERNADOR OSSORIO, QUE TERMINARIAN CON LA DIMISION DE ESTE.





UNA MUJER NARRA LA MANIFESTACION CONTRA LA GUERRA QUE TUVO LUGAR EN LAS RAMBLAS, EN LA QUE SE CONSEGUIRÍA LA INHIBICIÓN DE LAS TROPAS DEL GENERAL BRANDEIS.

bamos casi al final, frente al Arco del Teatro. Oímos ruido de caballos. Alguien gritó: "¡El general Brandeis!". Llegaba con las tropas. Muchos soldados. Entonces, a alguien se le ocurrió empezar a aplaudir. Todos le imitamos, aplaudiendo cada vez más. Los soldados se pararon desconcertados. Pero el general no quería parar y ordenó a sus soldados que dispararan. Entonces, nos dirigimos a los soldados: "¡No disparéis, compañeros. Luchamos por vosotros!". Y los soldados retrocedieron. No nos habíamos detenido. Seguíamos avanzando con miedo, pero gritando con rabia. Y el general también estaba rabioso. Pero los soldados dejaron las armas y no dispararon más en toda la semana. ¡Porque siempre les aplaudíamos, porque era verdad que luchábamos por ellos! Y el general tuvo que marcharse con sus tropas. Pero entonces aparecieron los guardias de Seguridad, y ellos sí que dispararon contra nosotros, contra todos los que bajábamos. Y todo el mundo se dispersaba corriendo, parándose a recoger los heridos. Todos Ramblas arriba, hasta la calle

del Hospital. ¡Y ellos, que tenían armas, disparaban contra nosotros, que no teníamos! Hubo heridos y muertos.

A continuación, un grupo de mujeres que se han encontrado aprovechando la tregua matinal, comentan los primeros incendios de conventos e iglesias. Luego, Lerroux pronuncia uno de sus famosos discursos anticlericales. Seguidamente se representa la única escena en que aparece Ferrer i Guàrdia:

HOMBRE.—Los del Comité no deseaban la intervención de personajes conocidos en la organización de la huelga. Francesc Ferrer i Guàrdia, fundador de la Escuela Moderna y hombre de influencia política, sabía, sin embargo, a través de Iglesias, cómo se desarrollaba el movimiento. El Comité de huelga había preparado un manifiesto dirigido a Maura, pidiendo que no fueran enviadas más tropas a Melilla. Ferrer, interesado por la marcha de los acontecimientos, intentó convencer a Emiliano Iglesias para que, en nombre del Partido Radical, firmase aquel documento.

E. IGLESIAS.—Será mejor que no entremos en mi despacho. Fabra i Ribas está allí, y acaba de decirme que no quiere saber nada con elementos políticos tan marcados como usted.

F. FERRER.—Lo que me interesa saber es si ha firmado el manifiesto dirigido a Maura.

E. IGLESIAS.—¿Y por qué había de firmarlo? Yo no puedo comprometerme en un desafío si no tengo fuerza para apoyarlo.

F. FERRER.—¿Y no le parece fuerza suficiente toda la gente que esta mañana se ha echado a la calle? Estamos en la víspera de la revolución...

E. IGLESIAS.—La gente en la calle no es un Ejército. ¿Con qué fuerzas cuentan para hacer esta revolución de la que me habla? Por otra parte, a usted la Policía le tiene muy vigilado. No nos conviene que le vea mucho. Lo mejor sería que se marchara: estará más seguro.

F. FERRER.—Yo era el peor enemigo que "ellos" tenían. Los mayores estaban sometidos por el sueldo que cobraban, que

debían cobrar para poder vivir, y podían ser torcidos. Pero los pequeños, educados en la Escuela Moderna, educados en los principios de la revolución, éstos no podrían ser torcidos, y al cabo de un tiempo el semillero sería extenso. Habrían perdido la batalla ganada durante tiempo.

Nueva efervescencia en las barricadas, cortada por el bando del capitán general dando cuenta de la Real Orden suspendiendo las garantías constitucionales. Después de proclamar el contenido de las garantías suspendidas, se representa la quema de un convento. Después, el nudo de los hechos, alrededor de la reunión en casa de Vallès i Ribot:

DIPUTADO.—Aquel mismo día, martes por la tarde, nos reunimos en casa del diputado federal Vallès i Ribot los diputados de los distintos partidos. Ignorando la marcha de los acontecimientos, enviamos a Josep Puig i Cadafalch al Ayuntamiento a fin de conocer las últimas noticias y qué debíamos hacer.

VALLÈS I RIBOT.—No creo que tengamos ningún informe nuevo del Ayuntamiento.

JAUME CARNER.—Pero teníamos que hacerlo. Barcelona nos necesitará. Y quizá Maura habrá cambiado de opinión.

VALLÈS I RIBOT.—¿Desde Santander? Lo veo difícil. Maura no cambiará de actitud. Y, además, en estos momentos, quien lleva las riendas es La Cierva.

DIPUTADO.—Quizá habrá levantado la prohibición...

VALLÈS I RIBOT.—No lo hará. Y nuestro informe no verá la luz.

DIPUTADO.—La gente no podrá leerlo, pero hemos de enviar una comunicación colectiva al Gobierno. La cuestión de Marruecos nos ha sido escamoteada desde el principio. El asunto no había de ser público, pero nosotros...

JAUME CARNER.—El asunto

tenía que ser público. El pueblo tiene derecho a enterarse. Y la prueba la tenemos en que ha reaccionado, y muy violentamente. Porque son sus hombres los que van a luchar. La defensa, en el caso que fuera necesario el Ejército, debía hacerse con fuerzas procedentes de las mismas colonias, no de la Península.

VALLÈS I RIBOT.—Y nosotros debemos añadirnos a esta protesta, interviniendo en cualquier acción que, en estos graves momentos, creamos útil. Y, además, hemos de convencer a Maura de que si no para inmediatamente esta guerra, nosotros no podemos responder de las consecuencias ni de la actuación del pueblo, ni tan siquiera de nosotros mismos.

SEÑORA VALLÈS (entran-

do).—Señores, la gente está enloquecida. El edificio de los Escolapios está ardiendo. Pueden verlo desde el balcón.

Los asistentes a la reunión se acercan a un extremo y contemplan una de las escenas que se sucedieron en la quema de conventos.

HOMBRE (llevando la momia de una monja).—Mirad lo que he encontrado.

MUJER.—¡Qué asco!

MUJER.—¡Dejadlas estar!

MUJER.—Mira, tienen las manos atadas.

HOMBRE.—Sí, las ataban para torturarlas.

HOMBRE.—Dicen que a veces las enterraban vivas.

ASISTIMOS A UNA ESCENA DE LAS BARRICADAS. SUS OCUPANTES SE APRESTAN A LA DEFENSA Y SE ENTRENAN EN EL MANEJO DE LAS ARMAS.



UNO DE LOS HECHOS MAS FAMOSOS
DE LA SEMANA TRAGICA:
EL SAQUEO DEL CONVENTO
DE LAS JERONIMAS,
EN EL CUAL UN DEBIL MENTAL,
CLEMENTE GARCIA, DANZO
CON LA MOMIA DE UNA MONJA.

MUJER.—Y tenían hijos dentro del convento.

MUJER.—De algún cura, ¡seguro! ¡Y las torturaban!

HOMBRE (*tirando la momia en brazos de otro*).—¡Toma! ¡Te la regalo!

MUJER.—¡Dejadle tranquilo!

HOMBRE.—¿Por qué no bailas con ella?

HOMBRE.—¡Baila, hombre, baila!

HOMBRES Y MUJERES.—¡Baila, baila!

El hombre al que le han dado la momia, Clemente García, baila con ella. Terminada la escena, la acción vuelve a la reunión anterior.

VALLÈS I RIBOT.—¡No tienen control!

DIPUTADO.—¡Esto no! ¡Esto no!

DIPUTADO.—Habrán cortado las comunicaciones.

DIPUTADO.—Cualquier acción es imposible.

DIPUTADO.—Hemos de salir de Barcelona.

DIPUTADO.—Esperemos la respuesta del Ayuntamiento, y luego...

DIPUTADO.—No podemos hacernos responsables de esto...

Llega un hombre corriendo.

HOMBRE.—Llegó Puig i Cadafalch del Ayuntamiento. Barcelona ardía. Las autoridades municipales no tenían medios de defensa. La Cierva, para impedir el contagio de la insurrección,

había proclamado a los cuatro vientos que en Barcelona había estallado una revuelta separatista. (*Mirando a los diputados.*) Todos querían huir. En Barcelona, todos conocíamos la existencia de aquella reunión. Y la señora Vallès tenía razón cuando hablaba de enloquecimiento. El estallido de rebelión popular tenía que ser conducido. Era el momento preciso. Los hechos nos habían sobrepasado, pero la trayectoria que podían seguir era esperanzadora. Necesitábamos alguien que se hiciera cargo del movimiento.

Otro hombre increpa a los diputados reunidos.

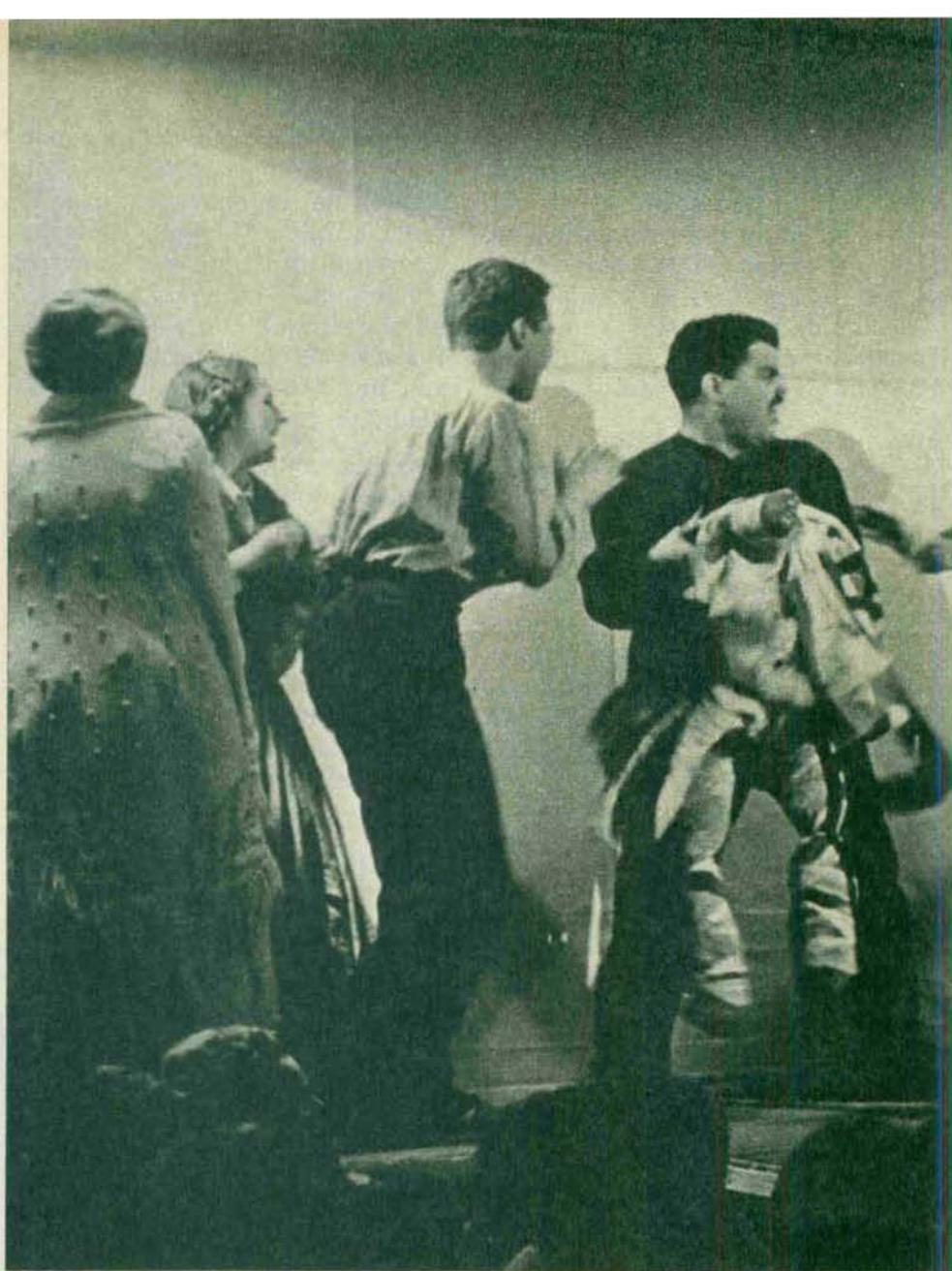
HOMBRE.—Soy un obrero de Barcelona. Acudí con mis compañeros a casa de Vallès i Ribot

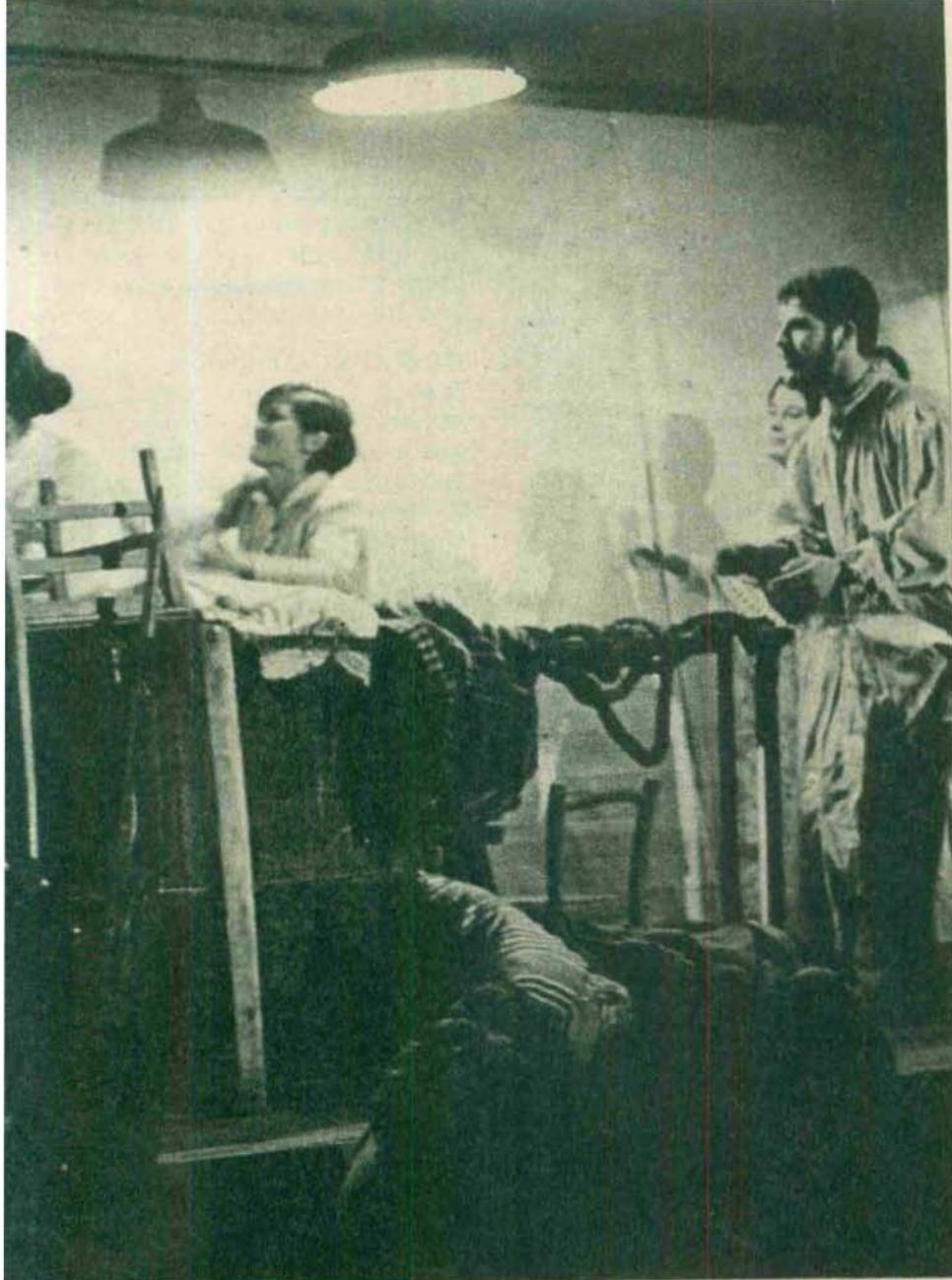
porque no sabíamos dónde encontrar a nuestros jefes. Y nos dieron esta respuesta.

VALLÈS I RIBOT.—Nosotros ignoramos qué es esto. No sabemos ni quién ha organizado este movimiento ni la finalidad que persigue. Honradamente, no podemos sacrificarnos, y os aconsejamos que no os perdáis en la lucha violenta, en la cual fracasaréis indefectiblemente.

HOMBRE.—Josep María Vallès i Ribot, los obreros de Barcelona te pidieron, a ti y a los republicanos federales, que os hicierais cargo del movimiento popular del veintiséis de julio de mil novecientos nueve. ¿Qué respondisteis?

VALLÈS I RIBOT.—No podía hacerme cargo.





HOMBRE.—Jaume Carner. Fabra i Ribas te pidió, a ti y a la izquierda nacionalista, que os hicierais cargo de la revuelta de Barcelona. Discutisteis, prometiste ayuda. Fabra i Ribas te sugirió que podías proclamar la República española, o la República catalana.

JAUME CARNER.—Dije que acudiría inmediatamente que tuviese noticias de movimientos paralelos en otros puntos fuera de Cataluña. No podía hacerme cargo.

HOMBRE.—Nadie quiso hacerse cargo de la revuelta. En el Ayuntamiento, Sol i Ortega había visto clara la situación. Todos querían apaciguar los ánimos.

SOL I ORTEGA.—¿Qué les dire-

mos a los revoltosos? Ellos se han levantado contra la situación existente. ¿Les diremos que Maura ha caído? ¿Que no hay guerra? ¿Que habrá una amnistía? Pues si nada de esto podemos decirles, nos arriesgamos a que no nos hagan caso. Y con toda la razón.

HOMBRE.—Nos quedaba sólo un hombre, con quien ya habíamos insistido desde antes del lunes: Emiliano Iglesias. Por la mañana nos habíamos reunido con él y nos había prometido encontrarnos en un café de la calle Mallorca, a las ocho. Desde allí iríamos a la Sagrada Familia, donde estarían congregadas las fuerzas revolucionarias, y de allí al Ayuntamiento, donde podríamos ocupar el poder de Barcelona.

HOMBRE.—Estábamos en el café, esperando. A las nueve y cuarto llegó un enviado de Iglesias, pidiéndonos que fuéramos a reunirnos con él en el Ayuntamiento. La propuesta nos pareció sospechosa. Pedimos una escolta y fuimos, aunque desconfiando. Una vez allí, recorrimos todo el edificio, pero Iglesias no estaba.

HOMBRE.—Nos había hecho decir que nos leería un texto, según el cual exhortaba a los obreros de Barcelona a abandonar la huelga. Nos dirigimos a las oficinas de "El Progreso". Allí no sabían nada de él. En su casa, tampoco.

HOMBRE.—Más tarde, Iglesias aseguraría que nos había esperado en la Sagrada Familia, y que, viendo que no íbamos, tuvo que marchar. Mientras, las fuerzas congregadas en la Sagrada Familia fueron dispersándose, sin ningún orden, sin consignas.

E. IGLESIAS.—Estuve esperando. Y, como yo, las fuerzas reunidas en la Sagrada Familia. Era normal que se desmoralizasen.

HOMBRE.—¡Tú podías hacerte cargo de la revuelta! ¡Pero ayudaste a hundirla!

E. IGLESIAS.—No podía hacerme cargo.

HOMBRE.—"No podía hacerme cargo", repetían todos, y "hemos de hacer algo", era la consigna que corría por las calles, lo que la gente repetía y se decían unos a otros. Lo que íbamos diciendo todos hasta el fin.

MUJER.—Después, aquella noche, la noche trágica, ¡Barcelona ardía!

Se simula la quema de conventos, mientras va recitándose la lista de edificios religiosos quemados aquellos días. Después empiezan una serie de escenas en las distintas barricadas, dando idea de la progresiva descomposición del movimiento:

HOMBRE 1.—Ya tendrían que estar aquí.

HOMBRE 2.—Deben estar muy ocupados. Ya vendrán.

MUJER 1.—¿Y quién te lo ha dicho que vendrían?

HOMBRE 2.—Uno que vino de parte del Comité.

MUJER 1.—En Valencia han proclamado la República, ¿y nosotros?

HOMBRE 1.—Lo haremos todos a la vez.

MUJER 1.—Pero, ¿quién nos dirigirá?

HOMBRE 2.—No sé. Nadie lo ha dicho aún.

HOMBRE 3 (llegando).—Tenéis que hacerla más alta esta barricada.

MUJER 2.—¿Por qué? Con la altura que tiene ya no pasarán. Y, además, pronto ya no serán necesarias.

HOMBRE 3.—¿Por qué?

HOMBRE 2.—Porque ya no vendrán. Ayer vinieron unos enviados del Comité y dijeron que nos mandarían órdenes. Y un hombre me ha dicho que, esta mañana, en Gràcia, habían proclamado la República. Los del Comité nos lo dijeron: "Vendremos mañana a primera hora".

HOMBRE 3.—Pero ya es mediodía.

MUJER 2.—No te preocupes. Vendrán. Les estamos esperando. Y como nosotros, los de todas las barricadas del barrio, de todo Barcelona. Dijeron que vendrían y que las barricadas pronto no serían necesarias.

HOMBRE 3.—Mira. Yo esto no lo sé. Pero hemos de hacer las barricadas más altas. Llegarán más tropas y...

HOMBRE 2.—¿Y para qué? ¿Quién te lo ha dicho?

HOMBRE 3.—Es lo que dice todo el mundo. A mí me han encargado de pasaros la consigna.

HOMBRE 2.—Pero tú tienes que

saber por qué haces las barricadas más altas y por qué las haces.

HOMBRE 3.—¡Porque no han de pasar!

HOMBRE 2.—No han de pasar, no, pero no porque sean ellos, sino porque ellos son la fuerza que utilizan para sujetarnos y defenderse. ¿Lo entiendes por qué no han de pasar?

MUJER 2.—Y nosotros seguimos esperando, porque han dicho que vendrían. Y vendrán.

Los actores se dispersan huyendo de una carga de las fuerzas de Orden Público. Mientras se esconden, una actriz recita el artículo publicado por "La Veu de Catalunya" después de los hechos.

BURGUESA.—El afán de ver castigados los delitos de la Semana Trágica ha traído este estado de cosas, y empuja a particulares y a sociedades a exigir al Gobierno la entereza y energía que las circunstancias piden. Y el Gobierno responde a los impacientes: "Esto se hará, pero ayudadnos los que no tengáis compromisos ni simpatías por los incendiarios y asesinos de la Semana Trágica". ¿Cumplen todos los ciudadanos con el deber que les impone la Patria, el humanitarismo y la propia conservación? Yo lo dudo. Lo que sucedió en Cataluña, por más que interviniesen políticos —y tuvo por un momento carácter político— no fue una algarada ni una revolución: fue un saqueo, un estallido de odio de incendiarios y asesinos. Quien conoce a los culpables tiene el deber de ayudar a la acción de la justicia que les persigue: no hay excusa válida. Mas me temo que la cobardía de muchos, disfrazada de buenos sentimientos y humanitarismo, dejará sola a la justicia. Si a la ineptitud de los gobernantes para descubrir la preparación de los hechos cometidos se añade la cobardía de la gente para denunciarlos; si a la mala organización de la Policía y el poder judicial se añade la falta de civismo de los ciudadanos; si todo lo quieren aquellos, en

determinados momentos, de la autoridad que, en otros momentos, insultan y escarnecen, débil de por sí, y débil por el ambiente en que vive, ¿cómo podemos creer en remedios para los males que nos acechan?

HOMBRE.—Artículos, proclamas, discursos como éste vinieron después, en seguida. La gente de bien fue abriendo las ventanas, señalando con el dedo y denunciando nombres. Mientras, el jueves y el viernes, iban llegando tropas. Y aún, aún esperábamos.

Escena en una azotea entre resistentes de última hora.

HOMBRE 1.—Ya hace rato que no se oye nada. Esto aún me pone más nervioso.

HOMBRE 2.—Casi no queda gente en la calle.

HOMBRE 1.—Es que ya ni oigo a los de la barricada de aquí atrás, en San Pablo.

MUJER 1.—Hace horas que se han ido.

HOMBRE 2.—Y nosotros también tendríamos que irnos.

HOMBRE 1.—¿Qué dices? Ayer tarde aún conseguí herir a uno.

MUJER 1.—Y nosotros, desde nuestra azotea, a otro.

HOMBRE 2.—Pero os descubrieron.

MUJER 1.—Desde otra casa. Los que estaban en la calle no sabían de dónde partían los tiros.

HOMBRE 1.—Tú vigila. Pasará otra patrulla...

HOMBRE 2.—Si es tan numerosa como la anterior...

MUJER 1.—¡Otra!

HOMBRE 2.—¡Preparaos!

MUJER 1.—Son demasiados. ¡Nos descubrirán!

HOMBRE 2.—Pero es nuestra última oportunidad.

MUJER 1.—¿De qué? ¡Rodearán la casa y nos atraparán!



LOS ÚLTIMOS FOCOS DE RESISTENCIA. EN LA ESCENA DE LA AZOTEA SE HACE PATENTE LA DESCOMPOSICIÓN DE LA REVUELTA, EL DESCONCIERTO, EL MIEDO A LA INMINENTE REPRESIÓN.

MUJER 2 (*llegando*).—¡Ha llegado otro tren cargado con tropas: mil quinientos soldados de Zaragoza!

MUJER 1.—¿Lo ves? Lo mejor que podemos hacer es marchar de aquí arriba. ¡No cesan de llegar más tropas!

HOMBRE 1.—¿Y qué? ¡Disparamos desde muchas azoteas!

HOMBRE 2.—No sirve de nada. Tienen razón. No podemos quedarnos más aquí arriba. Después será aún peor. Además, también hay francotiradores suyos, provocadores comprados, y luego todo se volverá en contra nuestra.

HOMBRE 1.—¿Luego? ¿Qué puede haber luego? ¿O es que no creéis en todo esto vosotros? ¿Creéis que se saldrán con la suya? A estas horas, toda España

debe haberse rebelado. Sólo hemos de esperar.

HOMBRE.—Estos fueron los últimos. Poco a poco todos íbamos huyendo de las calles. Entrábamos con miedo en nuestras casas y, escondidos tras los cristales, o aun en el muelle, mirábamos el mar y Montjuich. Nuestro Montjuich con su castillo.

La gente va escondiéndose y desapareciendo. Se pronuncia un nuevo discurso sobre los hechos.

BURGUES.—Después de los vandálicos hechos de la sangrienta semana, se impone urgentemente castigar con toda la energía a los responsables de los desmanes que han ensombrecido la imagen próspera y risueña de nuestra ciudad. La falaz perfidia de algunos y la funesta irresponsabilidad de los más, no puede, de modo alguno, quedar impune.

Los ciudadanos que hemos vivido el terror de estos días tenemos derecho a exigir que se nos garantice que tales hechos no van a repetirse en el futuro. Y, para ello, estamos convencidos de que sólo existe una solución: extirpar el mal desde su misma raíz, haciendo que recaiga con toda su fuerza el peso de la justicia sobre aquellos que se han enseñoreado durante unos aciagos días de nuestras calles, sembrando en ellas la destrucción y el caos, atacando lo más sagrado de nuestro acervo: la propiedad, la religión y el orden.

HOMBRE.—Todo continuó igual que antes. Y la semana del veintiséis de julio al primero de agosto fue borrada y maldita. ■

(Selección y traducción de Guillem-Jordi Graells.)